

La circulación y la recepción de Maquiavelo en Argentina (1830-1940). Balances de investigación

THE CIRCULATION AND RECEPTION OF MACHIAVELLI IN ARGENTINA
(1830-1940). BALANCES OF RESEARCH

Leandro Losada

CONICET, Buenos Aires, Argentina

<https://orcid.org/0000-0002-4658-0819>

leandroagustinlosada@gmail.com

Las líneas que siguen se sostienen en una investigación que tuvo como objeto de estudio la recepción de la obra de Nicolás Maquiavelo en las ideas políticas argentinas (Losada 9-15). Fue así un trabajo enmarcado en la historia del pensamiento político, cuyo objetivo central consistió en hacer una historia comparada del pensamiento liberal y antiliberal a lo largo de un siglo –entre 1830 y 1940–, a partir de la original vía de entrada que, para ese propósito, ofrecían las lecturas y las interpretaciones realizadas sobre los escritos del autor florentino.

La elección de Maquiavelo se basó, por un lado, en la doble constatación de ser un autor central del canon del pensamiento político occidental sobre cuya recepción en la Argentina no había investigaciones disponibles, y, por otro lado, en que la obra de Maquiavelo,

por sus propias características, permitía abordar temas o problemas que otros autores clásicos no alientan o incentivan en menor medida, como, por ejemplo, la relación entre moral y política o entre historia y política –de manera más precisa, entre conocimiento del pasado y estudio de la política–. Paralelamente, es un corpus de gran pertinencia para pensar convergencias y contrapuntos entre distintas tradiciones de pensamiento, como el liberalismo y el republicanismo.

Dicho esto, los resultados de esta investigación ofrecen, tangencialmente, algunos indicios y sugerencias que pueden ser de interés para quienes se dedican más específicamente a la indagación de la historia del libro y de la industria editorial o a la circulación de impresos y sus impactos intelectuales.

En primer lugar, un punto a destacar es que Maquiavelo fue un autor cuya circulación editorial en castellano resultó bastante tardía. Su texto más célebre, *El príncipe*, tuvo su primera edición española en 1821 (Arbulu Barturen 3-28). La concepción particularmente negativa que hubo sobre su figura y sus ideas desde el siglo XVI fue un fenómeno extendido, pero se ha resaltado que fue particularmente intensa en España, sobre todo a partir del siglo XVII y, en buena medida, a raíz de la gravitación del pensamiento católico y de la renovación escolástica ocurrida por entonces, que tuvo en la Escuela de Salamanca su principal plataforma (Maravall 352-414; Sobrino González 35-46).

El “antimaquiavelismo”, según el cual Maquiavelo era sinónimo de una política impía e inmoral, enfrentada a la moralidad cristiana, fue la principal razón de rechazo en España –un rechazo que tuvo sus propias versiones, católicas y protestantes, en otras geografías intelectuales–, una tradición asentada en el pensamiento hispano-parlante y, por ende, probablemente una razón detrás del carácter tardío de sus primeras ediciones españolas (Puigdomenech Forcada 41-60; Howard 2-11; Bireley 1-23).

Por su parte, la precariedad y las dificultades del acceso al libro extranjero en el Río de la Plata, al menos en la primera mitad del

siglo XIX, es un factor adicional para entender el panorama que devuelven las alusiones a Maquiavelo por entonces y, en realidad, hasta bien entrado el ochocientos: referencias dispersas, basadas en tradiciones de lectura conocidas de manera indirecta y no de la lectura concreta de los textos del florentino, enmarcadas todas por una valoración negativa de sus ideas. La generación del 37, en especial Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi, son ejemplos de todo ello. Maquiavelo, en sus lecturas, era un maestro del mal y un referente de la tiranía.

En consecuencia, Maquiavelo fue conocido, aunque muy poco leído en el Río de la Plata durante buena parte del siglo XIX. El hecho de que, como ya se mencionó, su nombre hubiera quedado asociado desde el siglo XVI a un conjunto de principios, valores e ideas (el maquiavelismo) independientemente de la solvencia textual que esa concepción de su obra tuviera, hizo posible que sus lectores argentinos reprodujeran acríticamente una opinión sobre sus textos, la que, sin embargo, no carecía de fundamentos, en tanto el maquiavelismo como clave de lectura de Maquiavelo tenía una larga y respetable tradición en Occidente. Es decir, no leer a Maquiavelo no implicó, necesariamente, hacer afirmaciones infundadas o extrañas a cómo había sido entendido hasta entonces en circuitos culturales e intelectuales más consolidados que el argentino del siglo XIX.

El caso de Maquiavelo revela, entonces, algunos fenómenos que merecen resaltarse. La consolidación de una concepción determinada sobre un autor clave del pensamiento político fue considerablemente independiente del acceso a sus textos. El maquiavelismo en la Argentina no fue necesariamente un resultado de la lectura directa de sus escritos, al menos durante el siglo XIX. Es decir, lectura, citas y referencias circularon por carriles paralelos.

A su vez, y léase esta afirmación en un tono decididamente conjetural, el antimachiavelismo de la generación del 37 puede entenderse como un indicio sugestivo de los distintos ritmos y de las mediaciones en la circulación de conocimientos y en la inercia de las tradiciones.

Por ejemplo, el liberalismo romántico italiano, con Giuseppe Mazzini como principal figura, fue una de las referencias, como es sabido, de la generación romántica argentina (Myers 381-445). Pues bien, el romanticismo italiano tuvo sobre Maquiavelo una concepción opuesta a la del “maquiavelismo”; lo entendió como precursor del nacionalismo y de la libertad italiana (Landon 1-7).

La disponibilidad, por lo tanto, de una concepción de Maquiavelo que lo vinculaba positivamente con propósitos valiosos para los románticos argentinos, en autores y figuras que fueron referentes para la “joven generación”, y, paralelamente, la ausencia de toda apelación al florentino en este sentido, sugieren un conocimiento o un acceso limitado o parcial a las fuentes doctrinarias del liberalismo romántico italiano y, a la vez, la vigencia de la tradición antimachiavelica hispana, a pesar de la declarada voluntad de romper con el legado español y católico por parte de los “padres fundadores” de la Argentina.

En un sentido complementario, la afirmación de una interpretación determinada sin conocimiento textual —en este caso, el antimachiavelismo— no puede considerarse sin más un indicio de ignorancia o de error precisamente porque esa interpretación fue un préstamo de referencias intelectuales de prestigio. Por ejemplo, un texto de importancia en las lecturas decimonónicas argentinas de Maquiavelo, o al menos un autor al que se citó para fundamentarlas, fue Lord Acton (212-231).

Este es un fenómeno intelectual sugerente, no solo porque permite hacer una distinción entre recepción y lectura, sino también por sus proyecciones e impacto en el pensamiento político. Por ejemplo, el maquiavelismo como cifra de lectura de Maquiavelo obturó que figuras como Sarmiento o Alberdi advirtieran las facetas republicanas del autor florentino o se refrieran a ellas con desdén y crítica, como fue el caso de Alberdi, en tanto se asoció con una nociva reactualización del republicanismo clásico, incompatible con la libertad moderna —afirmación que Alberdi basó, otra vez, más que en la lectura de Maquiavelo, en otros autores como Fustel de Coulanges—.

Así, el conocimiento epidérmico del republicanismo en el liberalismo decimonónico –un fenómeno que, por cierto, se ha advertido para el conjunto del pensamiento latinoamericano (Aguilar Rivera 351-387)– y, desde allí, la carencia de una reflexión atenta a los puntos de coincidencia y de tensión entre ambas tradiciones –fenómenos intelectuales cuya proyección política es desde ya un tema de relevancia para las intersecciones entre historia intelectual e historia política– tuvo una de sus razones, o en todo caso una de sus manifestaciones, en una interpretación específica de Maquiavelo vinculada a una asincronía entre lectura y recepción. O, al menos, a una recepción mediada por tradiciones de lectura antes que por la lectura específica de la obra del autor de los *Discursos*.

Un segundo fenómeno por destacar es que un cambio cualitativo en la recepción de Maquiavelo tuvo como causas fundamentales algunas circunstancias distintas a la historia del mundo editorial. Respecto de estas puede decirse que la creciente publicación de literatura italiana al compás del crecimiento de la inmigración de ese país impactó en la paulatina circulación de interpretaciones distintas a la “maquiavélica”. El acceso a autores como Francesco de Sanctis, por ejemplo, incidió en que Maquiavelo comenzara a ser asociado a la unidad política y la formación del Estado nacional en momentos en que ese mismo proceso tenía lugar en la Argentina. Pero, por lo tanto, las intelecciones sobre el significado de los escritos del florentino siguieron basándose fundamentalmente en bibliografía secundaria, por decir así, y en textos y publicaciones en idiomas distintos al castellano.

Otro cambio cualitativo tuvo relación, más que con un mejor y mayor acceso a la obra de Maquiavelo, con los cambios en el sistema universitario a comienzos del siglo XX, específicamente en las carreras de Derecho. La creación de materias de Derecho Político –en la Universidad de Buenos Aires comenzaron a dictarse cursos de este tipo a inicios de la década de 1920– fue el espacio a través del cual Maquiavelo ingresó en sede universitaria. Fue la necesidad impuesta por la cátedra la que incentivó (o forzó) que intelectuales y académicos argentinos tuvieran un acercamiento más sistemático y erudito a sus

textos. Y, a su vez, la que alentó también una ampliación y renovación del corpus de bibliografía a partir del cual estudiar a Maquiavelo.

Mariano de Vedia y Mitre, primer profesor de Derecho Político de la Universidad de Buenos Aires, es un caso ejemplar de todo ello. Los programas de sus cursos evidencian un conocimiento considerable de autores y de textos dedicados al florentino, en una escala y variedad ausente hasta entonces en el país. A la vez, fue el impulsor del primer libro publicado en Argentina dedicado al estudio del autor de *El príncipe*, en 1927, por la Universidad de Buenos Aires, y traductor y editor de textos publicados en ese mismo periodo y de alto impacto político e intelectual en lo que se refiere a la apropiación del florentino, como el que firmó Benito Mussolini en 1924 (Vincenzini 37-58).

En esta dirección, casos como los de De Vedia y Mitre ofrecen información sobre otros procesos de interés. Por ejemplo, la redacción y publicación de sus propios cursos de Derecho Político, es decir, de sus interpretaciones y afirmaciones sobre los temas y autores que trataba durante sus clases. Estos cursos tuvieron varias ediciones entre las décadas de 1920 y 1950 y fueron un insumo decisivo para un gran emprendimiento editorial e intelectual de De Vedia, una historia de las ideas políticas de trece volúmenes, publicada en los años 1940, que es la primera obra dedicada específicamente a este tema en la Argentina.

En suma, la cátedra universitaria fue una plataforma clave para la producción y publicación de conocimiento sobre temas y autores hasta el momento apenas aludidos, estudiados de manera poco sistemática o, en el caso concreto de Maquiavelo, referidos más usualmente en la polémica política que en el debate intelectual. Cabe señalar, de hecho, que los cursos de De Vedia y Mitre, por ejemplo, se publicaron incluso antes que las primeras ediciones argentinas de los clásicos de Maquiavelo¹.

¹ En 1937 y en 1939, las editoriales Anaconda y Espasa Calpe publicaron *El príncipe*. En 1946, hizo lo propio Hachette –incluyendo textos de Francesco de Sanctis, Ugo Foscolo, Giuseppe Ferrari y Alfredo Oriani–, así como, en 1943,

Por último, y como balance o perspectiva panorámica de esta investigación, la circulación y recepción de Maquiavelo ofrece evidencias e indicios acerca de un problema central en este tipo de estudios: la relación entre texto y contexto, entendiendo este último en sentido amplio, es decir, no solo como contexto intelectual, lingüístico o editorial, sino también político.

Las apropiaciones ideológicas de los autores clásicos son una constatación advertida y discutida por los especialistas. De hecho, de acuerdo con algunas perspectivas, la afirmación de una lectura republicana de la obra de Maquiavelo en sede académica, en especial en espacios anglosajones, y a través de préstamos y circulaciones recíprocas entre historiografía y filosofía política –ocurrida en los últimos cincuenta años y con los conocidos estudios de John G. A. Pocock y Quentin Skinner como referencias ineludibles–, ha sido entendida como una más de estas lecturas ideológicas, en la que inciden múltiples dimensiones, desde los espacios de enunciación y circulación de conocimiento –que permiten consagrar determinadas lecturas y convertirlas, por decir así, en paradigmáticas y por ello en consensos interpretativos difíciles de discutir o rebatir desde otros espacios académicos– hasta preocupaciones e inquietudes ajenas a los debates eruditos sobre Maquiavelo, como la situación de la democracia contemporánea. Es decir, el Maquiavelo republicano es un fenómeno intelectual y académico que debe entenderse poniendo en relación, por decir así, la historia interna y externa del campo académico así como la incidencia de relaciones de poder, capitales simbólicos y desigualdades materiales en el interior del sistema universitario y del campo académico global (Landi 15-26).

Volviendo al caso argentino, la recepción de Maquiavelo entre 1830 y 1940 no puede pensarse o entenderse exclusivamente como resultado de cambios cualitativos en la exégesis textual, derivada a su vez de las transformaciones que recorrieron la formación académica.

mica e intelectual o la industria editorial a lo largo de ese periodo. Para decirlo sencillamente, el cambio que va del maquiavelismo a la lectura republicana de su obra –que en la primera mitad del siglo XX adquirió fuerza y gravitación y se advierte en intelectuales y académicos de diferentes posiciones políticas e ideológicas, liberales y antiliberales– no puede pensarse solamente como el resultado de un avance, por decir así, de la capacidad exegética o erudita sobre Maquiavelo entre los intelectuales argentinos. Por un lado, porque entender esos cambios como “avances”, además de suponer una linealidad en la historia intelectual, implicaría asumir que hay una verdad en los textos de Maquiavelo, una única manera certera de leer sus escritos. Teniendo en cuenta las discusiones que su obra y su figura han generado desde el siglo XVI, así como las polémicas de que han sido objeto las intelecciones académicas más consolidadas en los últimos tiempos, esta suposición se recorta, como mínimo, como algo discutible y poco consistente –y que bien podría aplicarse a cualquier otro autor clave del pensamiento político occidental–.

Por otra parte, más arriba se ha señalado que los desplazamientos interpretativos sí tuvieron como circunstancias relevantes ciertos cambios en el campo académico e intelectual, paralelos o con ritmos propios y diferentes, que recorrieron la industria editorial. Vale también reiterar que la alusión a Maquiavelo fue frecuentemente independiente de su lectura efectiva, al menos en el inicio del periodo estudiado, y que, cuando se afirmaron condiciones intelectuales, institucionales y académicas que incentivaron un acercamiento más sistemático y reflexivo a sus escritos, las ediciones locales apenas comenzaban a hacerse efectivas. Por lo tanto, Maquiavelo siguió siendo leído desde bibliografía secundaria y ediciones extranjeras (incluso no castellanas) de sus textos y, en cuanto a su enseñanza universitaria, los materiales de estudio más relevantes y accesibles fueron los textos realizados por los profesores a cargo de las cátedras en las que su obra ingresó en cursos y programas (como el Derecho Político).

Finalmente, es inevitable establecer algún tipo de correspondencia entre el contexto político y las recepciones de Maquiavelo. Es,

como mínimo, sintomático y sugerente advertir que la concepción maquiavélica tuvo peso en intelectuales atentos al estudio y la crítica de la tiranía –el rosismo, desde el prisma de la generación del 37–. La caracterización de Maquiavelo como referente fundacional del Estado moderno comenzó a ganar visibilidad en momentos en que la afirmación del Estado nacional tenía lugar, mientras que el interés por el republicanismo maquiaveliano, así como por su grado de convergencia u oposición con el liberalismo, se expandió durante la década de 1930, es decir, en una coyuntura pautada por la crisis política e institucional.

Desde ya, establecer una conexión directa entre contexto político y producción intelectual podría calificarse, fundadamente, como una operación simplista, como un contextualismo banal. Ya se han señalado razones ajenas al escenario político para entender estas mutaciones interpretativas y para, a la vez, restituirles historicidad; es decir, para concebirlas como algo más que cambios adjudicables exclusivamente a razones textuales e intelectuales. Asimismo, no hay evidencias para esclarecer qué peso relativo tuvo el escenario político en el interés por Maquiavelo. Por ejemplo, carecemos de correspondencia u otro tipo de registros de los intelectuales estudiados para conocer sus motivaciones e inquietudes.

Todas estas precauciones, sin embargo, no pueden conducir a la desestimación de que, efectivamente, hubo cierta correspondencia entre ciertas circunstancias políticas e ideológicas y las recepciones de Maquiavelo. Volviendo a una referencia ya señalada, la interacción entre historia interna y externa de las disciplinas académicas y científicas –una manera particular, de hecho, de pensar la relación entre texto y contexto– es una circunstancia incorporada, desde ya que con vocabularios y lenguajes específicos, en la producción sobre historia intelectual más consistente.

En todo caso, la correspondencia entre el contexto político –no solo el local, pero también el local– y las recepciones de Maquiavelo puede pensarse desde un ángulo de observación distinto a aquel que

motivaría impugnaciones o dudas por su eventual mecanicismo o contextualismo superficial. Y este es el siguiente: las dificultades o carencias empíricas para reconstruir con detalle las relaciones entre circulaciones editoriales y recepciones e intelecciones de la obra de Maquiavelo en la Argentina, el hecho de que no puedan identificarse o atribuirse con consistencia los cambios en las lecturas de sus escritos a los ritmos y procesos de la industria editorial, o precisarse las fuentes y referencias intelectuales específicas de determinadas lecturas de su obra en la Argentina —que por ello permitieran reconstruir circuitos e incluso sociabilidades intelectuales, pero, a la vez, constatar que hubo alguna correspondencia entre las circunstancias políticas y el interés y los modos de pensar el significado y el contenido de su obra—, sugiere que, más que una lectura pautaada estrictamente como recepción —es decir, como interpretaciones derivadas de la adopción local del conocimiento proveniente de otras geografías intelectuales—, la producción sobre Maquiavelo en la Argentina en el periodo estudiado fue una expresión específica de una manera de lectura de su obra también visible contemporáneamente en otras latitudes y escenarios, a pesar de que entre ellas no haya vínculos o préstamos explícitos o identificables para la investigación histórica.

En otras palabras, las lecturas argentinas de Maquiavelo, por las razones recién comentadas, y precisamente porque no pueden atribuirse con claridad a circuitos editoriales, intelectuales o académicos, permiten al menos interrogar acerca de nociones tales como centros y periferias y advertir, en cambio, coincidencias o simultaneidades entre distintas geografías intelectuales entre las cuales es difícil establecer o reconstruir mediaciones e instancias de contacto. Las lecturas republicanas de Maquiavelo en la Argentina de los años 1920 y 1930 fueron contemporáneas, por ejemplo, de las investigaciones iniciales de Hans Baron sobre el humanismo cívico, y no hay referencias a ellas en la producción argentina.

Desde este punto de vista, el contexto local aparece como una dimensión de análisis relevante frente a perspectivas textualistas, pero también ante concepciones unidireccionales de los vínculos entre

producción y recepción y, a su vez, contra la tentación de concluir en lecturas “nacionalistas” que enfatizan la singularidad o la originalidad de las producciones intelectuales vernáculas.

En suma, un balance de una investigación sobre las lecturas argentinas de Maquiavelo inscripta en la historia del pensamiento político permite extraer al menos dos fenómenos de interés en el marco de este dossier –focalizado en la circulación transatlántica de impresos europeos durante la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX– y, desde allí, en problemas de investigación vinculados a circuitos editoriales y a la historia de la lectura y del libro. Primero, la asincronía entre circulaciones editoriales e impresas y concepciones e interpretaciones sobre un autor central del canon occidental. Y, en segundo lugar, la relevancia y la pertinencia del escenario nacional para advertir fenómenos de convergencia en la historia intelectual que pueden concebirse propiamente como globales o, en todo caso, de simultaneidad entre campos académicos e intelectuales de distintas geografías.

REFERENCIAS

- ACTON, JOHN DALBERG (LORD ACTON). “Introduction to L. A. Burd’s Edition of *Il Principe* by Machiavelli (1891)”. En *The History of Freedom and Other Essays*, Londres, MacMillan, 1907, pp. 212-231.
- AGUILAR RIVERA, JOSÉ ANTONIO. “Vicente Rocafuerte y la invención de la república hispanoamericana, 1821-1823). En José Antonio Aguilar y Rafael Rojas (coord.), *El republicanismo en Hispanoamérica. Ensayos de historia intelectual y política*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 351-387.
- ARBULU BARTUREN, MARÍA BEGOÑA. “La fortuna de Maquiavelo en España: las primeras traducciones manuscritas y editadas de *Il*

- principe*". *Ingenium. Revista de Historia del Pensamiento Moderno*, n.º 7, 2013, pp. 3-28.
- BIRELEY, ROBERT, *The Counter-Reformation Prince Anti-Machiavellianism or Catholic Statecraft in Early Modern Europe*. Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2018.
- HOWARD, KEITH DAVID. *The Reception of Machiavelli in Early Modern Spain*. Woodbridge, Tamesis, 2014
- LANDI, SANDRO. *La mirada de Maquiavelo*. Buenos Aires, Eudeba, 2022.
- LANDON, WILLIAM. *Politics, Patriotism and Language: Niccolò Machiavelli's "Secular Patria" and the Creation of an Italian National Identity*. Nueva York-Berna, Peter Lang, 2005.
- LOSADA, LEANDRO. *Maquiavelo en la Argentina. Usos y lecturas, 1830-1940*. Buenos Aires, Katz, 2019.
- MARAVALL, JOSÉ ANTONIO. *Estudios de historia del pensamiento español*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1983.
- MYERS, JORGE. "La revolución en las ideas: la generación de 1837 en la cultura y en la política argentinas". En Noemí Goldman (dir.), *Nueva historia argentina. T. III. Revolución, república, confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 381-445.
- PUIGDOMÈNECH FORCADA, HELENA. "Maquiavelo y maquiavelismo en España. Siglos XVI y XVII". En Juan Manuel Forte y Pablo López Álvarez (coord.), *Maquiavelismo y antimachiavelismo en la cultura española de los siglos XVI y XVII*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, pp. 41-60.
- SOBRINO GONZÁLEZ, ALFONSO TOMÁS. "Recepción de Maquiavelo en España en los siglos XVI y XVII". *Revista Laguna*, n.º 45, 2019, pp. 45-56.
- VINCENZINI, ANDREA. "La disputa sobre Maquiavelo entre los intelectuales fascistas y antifascistas durante el 'Ventennio'". *Historia Social*, n.º 106, 2023, pp. 37-58.